



ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

BERMUDO,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

=

SEGUNDA EDICION COMPLETAMENTE REFUNDIDA:

MADRID.

EDUARDO HIDALGO, EDITOR.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1877.

|



BERMUDO.

250907

Digitized by the Internet Archive
in 2013

BERMUDO,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

SEGUNDA EDICION COMPLETAMENTE REFUNDIDA.

MADRID.

—
IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.

Cava-Baja, núm. 19.

1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

Amagilda.	<i>Sra. Perez.</i>
Brunequilda.	<i>Srta. Luna.</i>
Bermudo.	<i>Sr. Delgado.</i>
Mauregato.	<i>Fernandez.</i>
Rodrigo.	<i>Palacio.</i>
Sancho.	<i>Reyes.</i>
Ferran.	<i>Diaz.</i>
Ramiro.	<i>Corona.</i>
Lope.	<i>Rivera.</i>
El Padre prior.	<i>Jimeno.</i>
El capitan de las guardias reales.	<i>García.</i>
Fray Leovigildo.	<i>Guzman.</i>

Pueblo, guardias reales, soldados, pajes, monges, gárdingos, cortesanos, ballesteros, etc., etc.

La accion en Oviedo.—Año de 788.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Q ueda hecho el depósito que marca la ley.

A SU MUY QUERIDA TIA

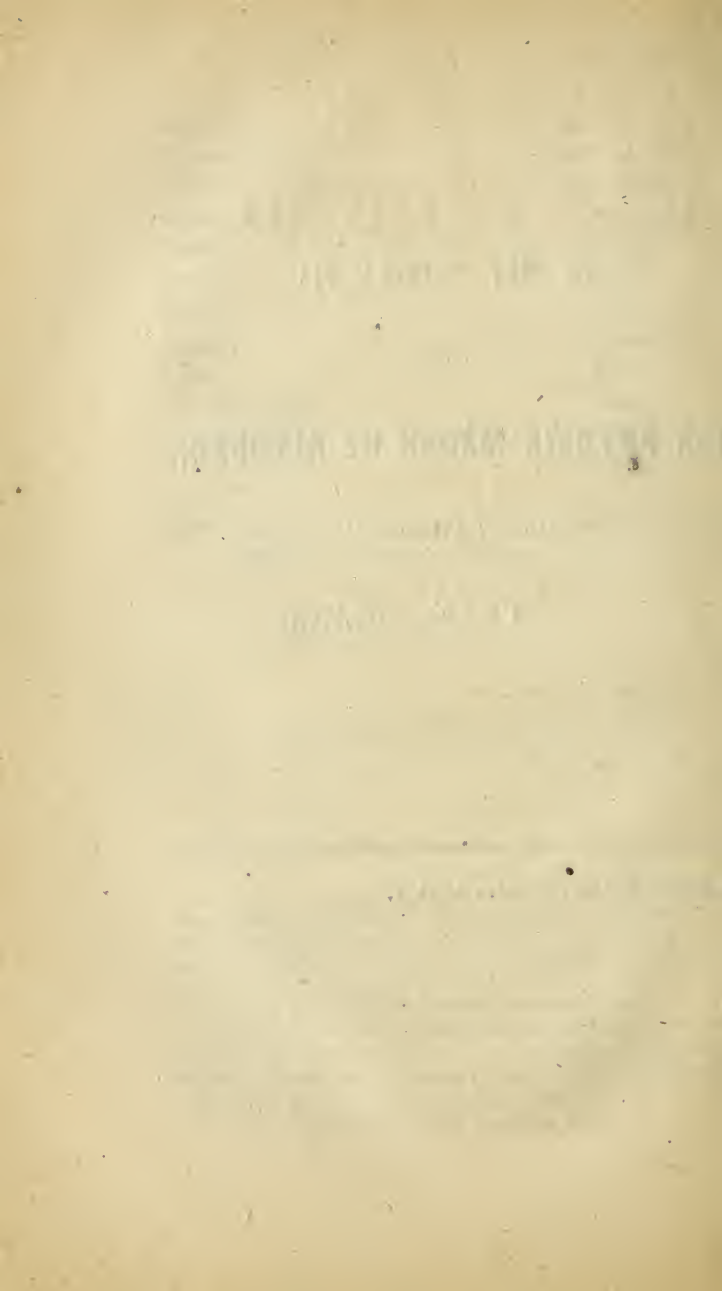
LA SEÑORA

DOÑA ANTONIA MÁDAN DE ALFONSO,

dedica este humilde ensayo,

Α. Ε. Μάδαν.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1875.



ACTO PRIMERO.

Plaza espaciosa á la salida de Oviedo.—Arboles y enramadas por los lados.—En el fondo casas, que aparecen á alguna distancia en un paisaje agreste.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO. FERRAN.

(Ramiro atraviesa la escena de izquierda á derecha; antes de desaparecer por esta última, sale Ferran.)

Ferran. Ramiro! Qué haces aquí tan de mañana?

Ramiro. *(Volviéndose.)* Ferran, vine á disponer la fiesta que hoy debemos celebrar. Triste es fingir alegría, demostrar fingida paz, cuando en el fondo del alma está rugiendo un volcan!

Ferran. Es cierto; el pueblo agoviado en silencio su pesar devora; ni aun le permiten que lo dibuje en su faz! Pero qué causa ese júbilo?

Ramiro. No has visto el bando?

Ferran. No tal.

Ramiro. La reina doña Amagilda, tras penosa enfermedad, un heredero dió al trono...

Ferran.

(*Interrumpiéndole.*)
Di mejor al falso altar
que se erigió por sí mismo
el usurpador audaz
de Silo!...

Ramiro.

Notables lizas
y justas celebrarán
por do quiera; Mauregato
cree en el niño saludar
una larga sucesion
de reyes...

Ferran.

Olvidará
que la traicion que á su frente
ciñó la diadema real
puede otra vez arrancársela?

Ramiro.

Correos vienen y van
llevando la fausta nueva
de la villa á la ciudad.
Ya los monges de Tineo,
á la mansion celestial
alzan preces y promesas
—con gran religiosidad—
por el restablecimiento
de la reina...

Ferran.

Pues! E irán (*Con ira.*)
hácia Córdoba emisarios,
con gozo á participar
del infante el natalicio
al Califa Abdelrahmán!

Ramiro.

Sí, pero en esa embajada
otra causa envuelta va.
El tirano, que segun
dice la voz popular,
es con el grande pequeño
y con el pequeño audaz,
al Califa sarraçeno
suplica con humildad
la concesion de una próroga
para los feudos pagar.

Ferran.

Tributo odioso, nacido
de don Fruela en la maldad!

Ramiro.

Y gracias á él, sin embargo,

se resignó el musulman
á no estender sus dominios
allende el Guadalaviar.

Ferran.

Súbditos suyos seríamos!

Ramiro.

Te equivocas, buen Ferran;

el que tiene corazon
y sabe el hierro empuñar,
y con indomables brios
regir puede el alazan,
no así se rinde cautivo
si es honrado y si es leal.

Ferran.

Cuánto, cuánto sacrificio
nos cuesta ese feudo ya!
Por él soportado habemos
mas de un odioso desman;
por él las nobles hazañas
hoy son recuerdos no mas!
Los cálices, que eran de oro
bien pocos años habrá,
hoy son cálices de barro
que profanan el altar!
Nuestras riquezas cristianas,
herencia de ignota edad,
las mezquitas arabescas
hoy enriqueciendo están!
No dan mieses las espigas,
el campo frutos no da,
y en vano el rebaño busca
praderas en que pastar.
Auméntanse los suplicios,
se acrecienta la maldad,
se enseñorea la holganza,
y el honor por tierra va!
Qué hemos de esperar de un rey
que consiente ¡voto á tal!
que el enemigo nos robe
ganado, tierra feraz,
honra, ventura y vergüenza,
y religion y lealtad?

Ramiro.

Es cierto, Ferran amigo!

La maldicion celestial
sobre su torpe cabeza

- en caer no tardará!
Ferran. Consentir querrá el Califa
 ese plazo en prorogar?
 (*Oyese un ruido de clarines fuera.*)
Ramiro. En breve podrás saberlo,
 porque lejano no está,
 á juzgar por los sonidos
 de esa corneta marcial,
 el enviado, que es Sancho...
Ferran. (*Mirando por la derecha.*)
 Es cierto, mirale ya.

ESCENA II.

DICHOS. SANCHE.

- Ramiro.* (*Saliendo á su encuentro.*)
 Sancho, qué nuevas nos traes?
Sancho. (*Enjugando el sudor de su frente y con las
 señales de una notable fatiga.*)
 Mi frente inundada está
 por el sudor; desde Córdoba
 caminé sin descansar
 hasta Oviedo!...
Ramiro. Y el Califa
 acepta el plazo?
Sancho. Escuchad.
 (*Situándose entre ambos.*)
 Oyó leer el mensaje
 con gran calma Abdelrahmán;
 y despues que el pregonero
 acabó de pronunciar
 la última frase, el Califa
 con desdeñosa piedad,
 que yo solo adiviné,
 porque estaban los demás
 sin atreverse, por miedo,
 á mirarle faz á faz:
 «Concedo tres meses, dijo
 fingiendo solemnidad,
 al cristiano rey de Asturias;
 juro que antes de espirar

ese plazo, una vez sola
 el alfange musulman
 del español con la débil
 coraza no chocará...
 Pero si espirase el término
 y está el feudo sin pagar,
 tambien juro por los sacros
 preceptos del Alcorán,
 que he de hacer tal escarmiento
 en la asturiana ciudad,
 que ni los cimientos de ella ,
 ni su rastro, han de quedar! »
 Calló el Califa, y salíme
 tropezando aquí y allá,
 que me cegaba el rubor !
 Topé al fin con mi alazan,
 y al roce de las espuelas ,
 ágil, tendido y audaz,
 me llevó en un punto léjos
 del afrentoso lugar
 donde en el honor de España
 se cometió tal desman.

Ramiro.

Tu desgracia compadezco,
 que no es digno de envidiar
 ser emisario de un rey
 que mancha el armiño real
 tolerando los denuestos
 de un Califa musulman.

Sancho.

Voy sin mas tregua al alcázar
 la nueva á comunicar,
 camaradas, y en seguida
 sin tardar un punto mas,
 colgando esta ociosa espada,
 que es de mi burlado afan
 perenne y mudo testigo,
 mi vasallaje feudal
 romperé, haciéndome súbdito
 de un rey que sepa lidiar;
 de un rey que cifre su gloria
 en la guerra, y no en la paz.)
 (*Observando á su alrededor.*)
 Mas qué significan estas

desusadas galas?

Ferran.

Hay

hoy en honor de Amagilda
una gran festividad.

Ramiro.

A enseñarte voy el bando
que el rey mandó publicar...

Sancho.

En vez de inútiles fiestas,
sarcasmo en momento tal,
debiera ese rey la espada
con noble anhelo empuñar;
y acaudillando su hueste,
pedir cuenta al musulman
con las lanzas, de las frases
de su insultante piedad!

(Vanse por la izquierda. Queda sola la escena durante algunos instantes, hasta la llegada de Bermudo, que aparece en actitud reflexiva por la derecha.)

ESCENA III.

BERMUDO, solo.

Triste, eterno padecer,
que en dolor el alma inunda!
Ni un solo apoyo tener!
Qué puede mi brazo hacer
si el pueblo no lo secunda?
Rey menguado y corrompido,
de la expiación el día
ya en la cuádriga ha lucido,
del déspota vil que ha sido
tirano por cobardía!
Cuando la española espada,
llena de mengua y baldon,
por el rey abandonada,
junto á la lanza colgada
se enmohece en la inacción:
cuando al infame enemigo
queremos probar al rayo
de entusiasmo que bendigo,
que si ha existido un Rodrigo
también existió un Pelayo,

tú en licencioso abandono
y en continuados festines,
sobre el espléndido trono
sufres tranquilo el encono
de los déspotas muslines!
Y en vez de encender la guerra,
dejando en pedazos hecho
ese pacto que destierra
al labrador de su tierra
y á la honradez de su pecho,
supiste no mas ahogar
con vil y cobarde lanza,
la indignacion popular,
que hacia hasta tí llegar
los ecos de su venganza.
Y con infame torpeza,
del pueblo bajo tu yugo
colocaste la cabeza,
sin ver que ante su grandeza
palidecia el verdugo.
Rey, por cuyo honor batallo,
teme del cielo la ley.
Teme que de Dios el fallo,
premiando al mártir vasallo,
castigue al verdugo rey!

ESCENA IV.

BERMUDO. RODRIGO.

Bermudo. Oh padre mio!...
Rodrigo. Bermudo,
tu acento estuve escuchando;
siempre triste, cavilando
en ese penar tan rudo.

Bermudo. Rodrigo, de la venganza
podrá el acento acallarse
si en ella llega á cifrarse
la mas risueña esperanza?

(*Conteniéndose.*)

Perdona... no es la verdad...

(*Ap.* Para qué enturbiar su calma!)

(Alto, con cariño.)

Tú, y Brunequilda de mi alma ,
formais mi felicidad.

Vosotros, penas impías
apartando de mi ser,
sois mi dicha, mi placer,
mis únicas alegrías.

Rodrigo. En cuanto el caliente rayo
agostador de las flores,
anuncie con sus ardores
que ha pasado el mes de Mayo,
harás de mi hija tu esposa ,
que tus amores bendigo.

Bermúdo. Dichoso me haces, Rodrigo.

Rodrigo. Y á Brunequilda dichosa.
Y hasta el viejo participa
de vuestro amor dulcemente.

Bermúdo. Padre!

Rodrigo. Por qué de tu frente
la arruga no se disipa?

Bermúdo. De nuestra próxima union
al saber la fausta nueva
un eco en mi ser se eleva;
el eco de la ilusion!
Me presagia dichas mil,
venturas, inmenso bien,
mostrándome el grato eden
de un interminable abril.
Pero luego en la mitad
del pecho otra voz resuena,
que de inquietudes me llena:
la voz de la realidad!

Asi en reñido combate,
no sé qué pensar, Rodrigo...
Ni aún explicarme consigo
el doble afan que aquí late!
Si atiendo al presentimiento,
verdugo soy de mi dicha;
si desoigo á la desdicha,
me espongo á duro escarmiento!...

Rodrigo. Olvida ya esa inquietud,
cuyos temores te oprimen;

en buen hora teme al crimen,
pero nunca á la virtud!

(Al ver que no contesta.)

No tu espíritu se inquiete!

Cuál pena tu paz turbó?

Bermudo.

(Abstraído.)

Por qué España se anegó
en el río Guadalete?

Esta pena que yo alabo
no quieres que en mi alma vibre,
cuando miro un pueblo libre
que se torna en pueblo esclavo?

Rodrigo.

Bermudo, tregua á tus penas
de la voz de la esperanza.

Del destino la mudanza
romperá nuestras cadenas?

Quien mira el ser eternal
ve un sol que limpido asoma.

No abatió valiente Roma
la tiranía imperial?

Siempre los tiranos son
del pueblo libre el tributo.

Julio César halló un Bruto,
y Tiberio halló un Neron!

Vé cómo al fin enemigo
el hado los martiriza...

Rodrigo para Witiza
y Tarik para Rodrigo!...

Mauregato, de su suerte
verá el puñal homicida?

La traicion que le dió vida
no puede labrar su muerte?

Olvidará su destino
que la prepotencia suma
del cielo que premia á Numa,
castiga airada á Tarquino?

Basta; tu punzante pena
con la reflexion transija,
ve que se aproxima mi hija,
y á tu dolor es agena.

Con la astucia mas sutil
ocúltale tu pesar;

no en duelos quieras trocar
su gozo casi infantil.

ESCENA V.

RODRIGO. BERMUDO. BRUNEQUILDA.

- Bruneq.* Bermudo!
- Bermudo.* Mirarte puedo;
do estabas, hermosa mia?
- Bruneq.* Contemplando la alegría
que se estiende por Oviedo.
- Bermudo.* Qué has visto?
- Bruneq.* La admiracion
superó á mis ambiciones...
- Bermudo.* Quiero de tus impresiones
escuchar la descripcion,
- Bruneq.* Frente al convento, Bermudo,
de Santiago, y á la sombra
de los olmos, en la alfombra
que labra el césped menudo,
disfrutando alegre bien
risueños y alborozados,
en grupos diseminados
nuestros donceles se ven;
danzan púdicas doncellas
sobre tapiz de esmeraldas
y llevan en sus guirnaldas
de las flores las mas bellas.
Cendales de blancos linos
dibujando su cintura,
dan realce á la hermosura
de sus rostros peregrinos.
Y mil parejas verás
que se agitan, desaparecen
y del baile se estremecen
al cadencioso compás.
Ya se enlazan al través
si el cansancio las enerva,
tronchando la endeble yerba
con sus diminutos piés;
O al son de los tamboriles,

con sus juegos seductores,
 llenan de ardientes amores
 los cerebros juveniles.
 La dicha allí florecia
 sin espinosos abrojos;
 quién no olvidó sus enojos
 al ver aquella alegría?

Rodrigo. (A *Bermudo*.) Celebran el mes de Mayo.

Bermudo. (A *Rodrigo*.) Pues yo miro en esa paz,
 la que precede fugaz
 à la aparicion del rayo.

Bruneq. (Volviendo á la derecha.)
 Acercarse aquí les plugo.
 Qué feliz soy!

Rodrigo. Brunequilda!

Pueblo. (Al salir.) Viva la Reina Amagilda!

Bermudo. (Ap.) (Oh! pueblo! sufre tu yugo!)

ESCENA VI.

DICHOS. RAMIRO. *Pueblo de ambos sexos.*

Ramiro. Brunequilda!

Bruneq. No me engaño?

Me llaman.

Ramiro. (Acercándose á *Bermudo*.)

Bermudo amigo,
 el pueblo con voz unánime
 para Reina la ha elegido
 (Señalando á *Brunequilda*.)
 del alegre mes de Mayo,
 mas si te opones no insisto...

Bermudo. Por el contrario, agradezco
 ese empeño tan solícito
 con que el pueblo quiere honrarla...
 Pero escúchame, Ramiro,

(En voz baja.)
 cuándo llegará el momento
 que tanto ansiamos?

Ramiro. Propicios
 no son aun los actuales,
 però estamos prevenidos.

(Toma de uno de los aldeanos una guirnalda de vistosas flores y se dirige á donde está Brunequilda junto á Rodrigo.)

Brunequilda, el pueblo todo
tu nombre en múltiple grito
pronuncia para que seas
la reina del mes florido.

Durante esos treinta días
—del año los favoritos—
tu cuerpo habituado siempre
á trabajos campesinos,
sobre un lecho de mil flores,
por nuestras hijas tejido,
hallará grato descanso
del sol ardiente al abrigo.

Tus mas estraños descos,
tu mas difícil capricho,
nuestro pueblo, Brunequilda,
sabr  complacer sumiso.

Durante un mes, del trabajo
en vez, cansado y continuo,
de las lizas del amor
t  premiar  los estímulos.

Tu reino bendeciremos
todos con júbilo íntimo;
y encontrando mejor suerte
que los monarcas caidos,
cuando tu cetro de flores
se torne m stio y marchito,
cuando del rústico trono
que perfuman rosa y mirto
desciendas, siempre el reflejo
de esta dicha que has tenido,
dar  á tu sueño colores
con sus destellos benignos.

Bruneq.
Rodrigo.

(Vacilando.) Padre mío...

Te doy gracias

en nombre de ella, Ramiro,
al aceptar por tus lábios
un favor de otras mas digno...

Pueblo
Bruneq.

Viva Brunequilda!

Padre,

cómo late conmovido
mi pecho!

Ramiro. Aquí la corona
está de laurel y mirto
que te erige en soberana.
(*Rodrigo la coloca sobre la cabeza de su hija.*)

Rodrigo. Cómo palpita en sus ímpetus
mi corazón al mirarte
—adorado arcángel mio—
ser del pueblo que te aclama
el objeto preferido!

Bruneq. Bermudo... nada me dices!
Siempre estás triste, sombrío.

Bermudo. (*Saliendo de su abstracción.*)
Brunequilda de mi vida;
este acendrado cariño
puedes en duda poner,
tú, de mi existencia el ídolo?

Ramiro. Comience el baile en buen hora.

Bermudo. (*De pronto conteniéndose.*)
Silencio todos! Rodrigo,
no escuchas allá á lo lejos,
tras esas rocas, un ruido
que vá creciendo?

Rodrigo. Aprensiones!
Es quizás el eco mismo
que en su vibración repite
de esta algazara los gritos!

Bermudo. (*Después de escuchar atentamente.*)
No me engaño. Acostumbrado
estoy desde que era niño
á vivir entre las peñas,
y ese ruido es muy distinto
del rumor de un canto alegre.

Rodrigo. Es cierto!

Bermudo. No oyes, Ramiro,
de soldados que se acercan
en pelotones reunidos
las marchas acompasadas?

Bruneq. Ten de mí piedad, Dios mio...

Bermudo. Cuán efímero en la vida
es del placer el delirio...

Hubieras hace un instante
este dolor presumido?

Rodrigo. *(Despues de escuchar.)*
Bermudo, no te equivocas!

Todos. Ferran!

(Llega Ferran por la izquierda corriendo y con las señas de la mas violenta agitacion. Todos le rodean.)

ESCENA VII.

DICHOS. FERRAN.

Ferran. Escuchadme, amigos!
Un grupo de montañeses
veloz se acerca á este sitio.
Tras esas peñas oculto
há un instante los he visto.
No trateis de huir, ya es tarde!
En dos alas divididos,
cercan todas las salidas
formando compacto circulo!

Bermudo. *(Con la energia que la situacion reclama.)*
El Dios de la libertad
sin duda mi acento ha oido.
Asturianos, si la muerte
nos ordena un sacrificio,
aceptémosle á la vez
del padecer por los vinculos.
Pero si ataca al honor
cual me presagia un instinto
esá emboscáda del Rey,
en leones convertidos
morir envueltos en honra
prefiramos á rendirnos!
me lo jurais?

Todos. Lo juramos!

Bruneq. Ampáranos, Jesucristo!

. ESCENA VIII.

DICHOS. EL CAPITAN DE LA GUARDIA DEL REY. *Soldados.*

Capitan. (Despues de hacer tocar el tambor en el centro. Leyendo.)

«Por la gloria del Supremo
poderoso; Mauregato,
(*Todos se descubren.*)
de Oviedo, Astorga y Leon
absoluto soberano,
con anhelo noble envia
salud al dócil vasallo,
que obediente de la ley
los preceptos ha acatado,
y maldicion al rebelde
que hace del código escarnio.
Al buen pechero Rodrigo...»

Bermudo.

Rodrigo!

Bruneq.

Padre!

Capitan.

(*Continuando.*) «Ordenamos.»

Rodrigo.

Qué?

Capitan.

«Que á su hija Brunequilda
nos entregue sin espacio...»

Bruneq.

Dios de Dios, qué es lo que escucho?

Bermudo.

Brunequilda, cobra el ánimo,
que no harán tal mientras pueda
regir la espada mi brazo!

Capitan.

(*Continuando.*)

«El honor de completar
el feudo la reservamos,
feudo que hemos concedido
á Abdérahmán, el muy alto
y poderoso Califa,
de sus bondades en pago.
En el palacio de Oviedo,
á primer día de Mayo,
firmó el rey con una cruz
de cuatro puntos y un rasgo.»

(*Suena de nuevo el tambor.*)

Uno del pueblo. Compasion!

Otro.

Pobre doncella!

Capitan. (A Rodrigo.) Tu respuesta solo aguardo.

Rodrigo. (Abismado.) Brunequilda!

Capitan. No respondes?

Ramiro. Infeliz, se ha desmayado
de su deshonra al saber
el angustioso calvario!

Bruneq. (Volviendo en sí.)

Padre mio, antes la muerte
que consentir tal-escarnio!

(Al pueblo.)

No permitais que me arrastren
del Califa hasta los brazos!

Rodrigo. (Aparte en el proscenio.)

De mi luciente puñal
sangre no mas del tirano
pudiera aplacar la cólera...

Pero matarla, Dios alto!

Las lágrimas de mis ojos
brotan en copioso llanto!

Yo, que desde la jornada
de Jerez no habia llorado

al ver en el Guadalete

la tumba del castellano!

Brunequilda! No hay diamante
en el cordobés serrallo

para comprarla; no tienen

Abdelrahmán, Mauregato,

todos los príncipes juntos,

joyas de precio tan alto!

Con qué tesoro se puede,

con qué dineros menguados,

pagar á un padre infeliz

la joya que pierde?

Capitan. Aguardo

aun tu respuesta, Rodrigo,

para darla al soberano!

Rodrigo. (Sin escucharle.)

Si consenti en que á Bermudo

la juntára el nupcial lazo,

fué porque me prometieron

no abandonar al anciano!

(Contemplando á Brunequilda.)

Esperaba que al volver
agoviado del trabajo,
mi vuelta aguardára ansiosa,
seguro de hallar sus manos
para enjugar el sudor
que va en la frente brotando;
dos ojos, los ojos suyos,
para con amor mirarlos,
y una voz, esa voz dulce
que me recibe cantando
en romances populares
las hazañas de Pelayo!

Bruneq. Oh! Cuán desgraciada soy!...

Bermudo. (*Dirigiéndose á donde está Rodrigo.*)

Rodrigo, basta de llanto!

Rodrigo. Cuando la voy á perder
me aconsejas tú secarlo?

Capitan. (*Con impaciencia.*)

Rodrigo, por vez tercera
que me contestes reclamo.

Rodrigo. (*Ap.*) Preciso es hacer al fin
este esfuerzo sobrehumano!

(*Acércase á Brunequilda, y cuando lo marca el diálogo, saca con prontitud un puñal para herirla. Bermudo, que ha visto la acción, se interpone, sujetándole el brazo y apoderándose del puñal.*)

Brunequilda, hija, que Dios
te acoja bajo su manto,
tan pura como es la honra
de tu padre!

Bermudo. Atrás el brazo!

Rodrigo, arroja un puñal
que á tu honor no es necesario!

(*Al pueblo.*)

En murallas convertidos
su inocencia defendamos!
Pueblo que ansiabas romper
las cadenas de un tirano,
vibra las lanzas ociosas,
sacude el yugo pesado
que te agovia...

Capitan. Sin mas treguas

acometedles, soldados!

(Los soldados se arrojan sobre el pueblo. Bermudo defiende á Brunequilda. Despues de cortos instantes de lucha, el pueblo se retira por todas direcciones. Quedan en la escena solo Bermudo, Brunequilda, Rodrigo y el Capitan con sus soldados.)

ESCENA IX.

BERMUDO. RODRIGO. BRUNEQUILDA. EL CAPITAN. *Soldados.*

Bermudo. *(Luchando siempre.)*
Se van, todos me abandonan!
Huid, cobardes; yo basto,
yo solo, para vengar
con mis poderosos hálitos
la ofensa que hacerme quiere
el déspota Mauregato!

Capitan. Sujetadle, y sin piedad
atadle al tronco de un árbol.
(Se arrojan los soldados sobre Bermudo, haciendo lo que se ha indicado.)

Bermudo, me inspiras lástima!
De tu furor obcecado
doma los funestos ímpetus!

Bruneq. Padre!

Rodrigo. Mi esfuerzo es ya vano!

Bermudo. Matadme! *(Al Capitan.)*

Rodrigo. *(Hecho prisionero.)*

Esconde en mi pecho
tu infame lanza, soldado!

Capitan. *(A algunos soldados.)*
Quedad vosotros allí
las salidas custodiando!

(A otros.)

Vosotros, á Brunequilda
llevad del rey al Palacio.

(El Capitan se retira, los soldados se llevan á Brunequilda y Rodrigo.)

25
ESCENA X.

BERMUDO, *solo*.

Bermudo. Oh! no me escuchan los cielos
ni Dios me tiene piedad...
atado! (*Tratando de desatarse.*)
Vana ansiedad!
nada alcanzan mis anhelos!
(*Mirando al cielo.*)
Sangre el corazon destila!
no languidece en desmayo!
(*Mirando al cielo.*)
Para qué sirve tu rayo
si al tirano no aniquilas!

ESCENA XI.

BERMUDO. FERRAN. RAMIRO. LOPE, *en el proscenio. Pueblo por el fondo.*

Ferran. Bermudo?
Ramiro. Es él.
Bermudo. Acudidme.
Ramiro. Dura crüeldad! Miradle!
Bermudo. Acudidme.
Ramiro. Desatadle.
(*Lo desatan.*)
Bermudo. Lo agradezco, y ahora oidme.
Ya libre puede mi lanza
ir de la venganza en pos.
Aquí juradme por Dios
tomar venganza.

Todos. Venganza!
Bermudo. A Mauregato, yo mismo
acuso de débil rey.
Impongámosle por ley,
con sensato patriotismo,
que fije del asturiano
un término á la agonía...
Que muera la tiranía
aunque no muera el tirano!

Aunque al oírnos se enoje
 arrostraremos su enfado;
 preciso es que avergonzado
 de sus hechos se sonroje!
 Que conquiste sus derechos
 de nuestro acento al murmullo.
 Infiltrémosle el orgullo
 que hace latir nuestros pechos;
 que al escuchar nuestro afán,
 sin cobardes objeciones
 rechace las pretensiones
 del Califa musulmán;
 que el convenio mercenario
 rompa, desechando el miedo...
 Que se indigne el rey de Oviedo
 de ser un rey tributario!
 Que en la luz de la esperanza
 encuentre por fin su ardor,
 valor en nuestro valor,
 confianza en nuestra confianza!
 Y en fin, que ese pacto abyecto
 rompa, diciendo sus labios:
 Pueblo, olvida tus agravios
 y dame otra vez tu afecto!
 Viva Bermudo!

Todos.

Bermudo.

Pensad

que en esa lucha intranquila...

Ferran.

(*Interrumpiéndole.*)

Qué pueblo es el que vacila
 por lograr su libertad?

Bermudo.

No encontraremos abrigo
 á nuestra persecucion.

Ferran.

Dios te dá su inspiracion,
 todos iremos contigo!

Lope.

Mas la voz de la prudencia
 debemos, hermanos, oír.

Necesario es extinguir
 la ansiedad de la impaciencia.

Ferran.

Lo que pedís que se observe
 es mal que el triunfo retarda;
 la sangre del viejo aguarda,
 la sangre del joven hiérve!

Ramiro. (Tomando una bandera.)
A ti, de tu pueblo el rayo,
te aclamamos por caudillo.
Que nunca amengüe su brillo
la bandera de Pelayo!

(Se la entrega á Bermudo.)

Bermudo. (Tomando la bandera y con la vehemencia
que la situacion exige.)

Por esta santa bandera
que en Covadonga triunfante
dejó el recuerdo constante
de nuestra pujanza fiera,
os juro yo con lealtad
bajo su sombra morir,
si no consigo adquirir
la española libertad.
Que la historia que nos vió
diga al juzgar nuestra hazaña:
si Julian vendió á la España
Bermudo la rescató!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza frente al palacio del rey Mauregato en Oviedo.—Entradas laterales.—El palacio, que ocupa todo el fondo de la escena, tendrá una puerta bastante ancha, para permitir que la parte de accion designada desde la escena sétima, hasta el final del acto, pueda representarse dentro del edificio.—Detrás de la puerta, que estará cerrada hasta la oportuna indicacion, habrá una balaustrada, tras de la cual se colocarán la reina y el rey cuando el diálogo lo exija.—Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

BERMUDO *solo, embozado.*

De la noche las nieblas apagando
fué la luna con pálidos fulgores ;
y á su vez con reflejos seductores
va la aurora los campos esmaltando.
Aurora que en la flor de ténue broche
irradias tu benéfica alegría ,
por qué á mi pena te mostraste impía?
Por qué no acabas con mi oscura noche?
En balde quiero mi dolor insano
un instante calmar... Vana quimera !
Si Brunequilla gime prisionera
y espuesta á los furors del tirano !
Avecilla inocente, cuya vida
entre cándido bien se deslizaba,
desde la jaula que te torna esclava
llora, infeliz, tu libertad perdida !
Y Rodrigo tambien! De su bravura
pagando está quizás el noble arrojo,
del déspota al sufrir el crudo enojo
entre los muros de prision oscura.

Acaba de asomar, ansiado día,
 estas congojas decidiendo inciertas...
 Palacio señorial, abre tus puertas
 un término mostrando á mi agonía!
 Y tú, muerte, también de tu beleño
 concédeme el letal, dulce reposo,
 si decreta el destino rigoroso
 que siga mi esperanza siendo un sueño!

ESCENA II.

BERMUDO. LEOVIGILDO.

- Berm.* Leovigildo? (*Asombrado.*)
Leovig. Yo soy, sí; qué te estraña?
Berm. A estas horas aquí; solo, sin guía...
Leovig. La cruz que me acompaña
 me hace ver en la noche claro día.
 No sabes que esa cruz, divina enseña,
 prescribe al sacerdote que la adora,
 compadecer al infeliz que sueña
 y consolar al infeliz que llora?
Berm. Dices bien; si del llanto
 consuelas el quebranto,
 si de un pecho que mira sin bonanza
 ante la saña del rigor funesto
 perdida por completo su esperanza,
 compartes el dolor, este es tu puesto!
Leovig. Basta ya de sufrir; cesa, hijo mio.
Berm. Que cese de llorar, á mí que evoco
 la fortaleza en vano,
 y que al verme impotente, á Dios invoco
 la paz pidiendo de su amor cristiano.
Leovig. Supe de tu penar y diligente
 vine á verter con religiosa calma
 un consuelo á la pena de tu mente,
 un bálsamo á la herida de tu alma.
Berm. En prision Brunequilda! Oh! sin ventura!
Leovig. Apóyate en mi seno;
 el cáliz del veneno
 que con su hiel tu sinsabor satura

hasta las heces resignado apura...
 De lágrimas raudal vierten tus ojos
 al condensar tus múltiples dolores;
 desahoga en mi seno tus enojos,
 que del árbol infiel de los amores,
 son las gotas de llanto, místicas flores!
 Del convento las puertas
 para ella están abiertas,
 y en lugar del silicio de la esclava,
 símbolo criminal de la impudicia,
 su hermoso cuerpo de cubrir acaba
 el virgíneo cendal de la novicia.
 Dios su voz escuchó. Dios la socorre!
 y ya olvidando tétricos pesares,
 del cielo nada mas bajo las leyes,
 despreciando del mundo los agravios,
 murmuran con fervor sus dulces labios
 el nombre de quien es Rey de los reyes!
Berm. Por qué medios estraños, bienhechores
 escapó de la muerte á los furores?

Leovig. El templo la dió asilo;
 ante la enseña de la cruz enhiesta
 que el sacerdote presentaba austero,
 al suelo vino la mortal ballesta
 de la mano del rudo ballestero.

Berm. Tal milagro?

Leovig. Permite que me asombre,
 por qué estrañan un punto tus recelos
 que triunfasen las armas de los cielos
 de las armas efímeras del hombre?
 Ves cómo Dios piadoso á tus dolores
 lenitivo concede?

Berm. Padre mio ,
 sus bienes protectores
 para mi ser son gotas de rocío!
 A Brunequilda di, que si aun el cielo
 al claustro no la unió, que en breves dias
 —la dicha hallando que soñó mi anhelo—
 de su hogar gozará las alegrías,
 do la aguardan los brazos de un esposo,
 junto al seno de un padre cariñoso;
 porque si Dios su inspiracion me presta ,

antes que el sol dos veces en Oriente
 tras la colina enhiesta
 oculte su fulgor resplandeciente ,
 en pedazos deshecho ese ominoso
 pacto vil estará; baldon crüento
 que dela hispana humillacion sediento
 al poder de un Califa vergonzoso
 nos somete con feudo bochornoso.

Leovig. Dorado y loco sueño
 del sol de tu esperanza fiel trasunto!
 De Mauregato un punto
 contrapesar pudieras el empeño?

Berm. *(Con fuerza de conviccion.)*
 Podia Brunequilda
 sustraerse á sus torpes ambiciones?
 Acaso pudo suponer que el hado
 arrancarla debia de la muerte?
 La piedad de ese Dios que la ha salvado
 tambien no puede proteger mi suerte?
 De la duda no me abras el abismo.
 Me dicta la conciencia
 que ese Dios protector de la inocencia
 y el que de patria infunde el heroismo
 son en vez de dos dioses, un Dios mismo.

Leovig. En tribunal, Bermudo,
 podrás juzgar á un rey, si ese es tu anhelo,
 de horror sediento y de prudencia falto;
 pero no olvides tú que desde el cielo
 á tí te juzga un tribunal mas alto !
(Vase Leovigildo.)

ESCENA III.

BERMUDO , *solo.*

Mas fuerte me siento desde
 que su consuelo escuché.
 Solos no están mis dolores;
 de los cielos la merced
 aminora mis pesares
 porque acrecienta mi fé.
 Mas venturosa que yo
 es Brunequilda, si lo es. *(Pausa.)*

Que contraste entre su vida
 llena de casto placer,
 y esta oscilacion perpétua,
 esta complicada red
 de placeres que se suceden
 con la misma rapidez
 que la suerte los destruye
 para cercenar el bien.

(Pausa despues de observar y oír rumores dentro.)

Se acercan los conjurados
 con anhelo de romper
 las ominosas cadenas
 del feudo humillante que es
 yugo torpe de un esclavo
 y de un tirano sosten.

En tanto que se congregan
 en las sombras y en tropel,
 por la suerte de Rodrigo,
 con afan inquiriré.

(Vase.)

ESCENA IV.

RAMIRO. LOPE. FERRAN, *pueblo, que van entrando pocos instantes despues de irse Bermudo.*

Ramiro. Todos fieles á la cita
 hemos sido.

Lope. No sabeis
 donde está Bermudo?

Ramiro. Acaso
 frente á la puerta del rey
 nos aguarde.

Ferran. De ella vengo;
 pero en balde lo busqué.

Lope. Mucho su ausencia me estraña!
 Acaso la acerba hiel
 que á la voz del patriotismo
 corrió en sus venas ayer,
 en presencia del peligro
 trocándose en timidez
 y amenguando sus impulsos

le obligó á retroceder?

Ramiro. Miente quien decirlo osare;
la esperanza de obtener
la libertad de la pátria
es de su pecho el sosten.

Ferran. Se dice que Brunequilda
milagrosamente fué
de la ignominia salvada
por imprevista merced.

Lope. Es la verdad; del convento
la puerta salvó su pié
en su refugio encontrando
sagrado asilo...

Ferran. Tal vez
ignorais que para el mundo
perdido estará su ser?
Brunequilda ya á estas horas
de Jesus la esposa es.

Lope. Y en vista de esta desgracia
tan impensada y crüel,
ante el dolor que le cause
la pérdida de su bien,
querrá Bermudo cumplir
su juramento de ayer?

Ramiro. Para realizar su sueño,
para ceñirse un laurel,
tan solo un móvil le alienta
en su triste padecer.
El goce de la venganza;
y al embriagarse en él,
bebiendo cual dulce néctar
lo que amargo acíbar es,
nada detendrá el arrojo
de su acero...

Lope. Dice bien.

ESCENA V.

DICHOS. SANCHE.

Ferran. Y Bermudo?

Sancho. Cerca se halla.

- Ambos venimos de ver
 á Rodrigo que estenuado
 por el hambre y por la sed,
 en una prision oscura
 la vida anhela perder.
- Lope.* Víctima fué del cariño
 paternal.
- Ramiro.* Sí. No sabeis
 el triste fin que le aguarda?
- Sancho.* Pena al saberlo encontré.
 Ese tirano cobarde,
 que oprobio del cetro es,
 nada respeta; los fueros
 de nuestro Dios de Israel,
 son para él supersticiones.
 Hizo á Rodrigo entender
 que solamente el honor
 de Brunequilda, su sed
 de venganza apagará.
 Pretende, hollando la ley
 que el mismo padre el honor
 de su Brunequilda dé...
 solo á costa de tal precio
 libre otra vez podrá ser!
- Ramiro.* Oh! infamia! Abusa, tirano,
 mas no te detengas, rey,
 que ya el sol de tu existencia
 junto al ocaso se vé.
 Venganza, amigos!
- Todos.* Venganza!

ESCENA VI.

DICHOS. BERMUDO.

- Bermudo.* Compañeros, ya sabreis
 la desgracia de Rodrigo?
- Ramiro.* Sí; inflamados por la sed
 de la venganza, y en nombre
 del pueblo leal y fiel,
 ó morir en la demanda
 ó nuestros hierros romper

te juro, y todos lo juran
entusiasmados tambien!

Todos. Sí!

Bermudo. Consigamos, amigos,
arrancarle á la estrechez
de su lóbrega mazmorra!

Sancho. Salvarlo mi intento es!

Bermudo. Que Dios premie vuestro celo
si luchais con ciega fé;
que el cielo os exija cuenta
si despues retrocedeis!

ESCENA VII.

DICHOS. *El CAPITAN de la guardia real.* SOLDADOS.

(*Estos aparecen dentro del Palacio, cuyas puertras se han abierto.*)

Ramiro. Las puertas del real alcázar
acaban de abrir. Qué hacer?

Lope. Entremos.

Bermudo. Dios mio, ayúdame!

Lope. Vamos.

Bermudo. Seguidme en tropel.
(*Dirigese Ramiro al Palacio.*)

Guardia. Qué quereis?

Ramiro. Ver á la Reina.

Guardia. Es imposible!

Bermudo. Por qué?

Guardia. Atrás!

Bermudo. No está permitida
por disposicion del rey
la entrada?

Ramiro. De fuerza ó grado
entraremos...

Bermudo. Cuándo fué
crimen, que un súbdito quiera
á su excelsa reina ver?

Guardia. Retroceded!

Amagilda. (*Dentro.*) Deteneos!

Bermudo. Silencio! La reina es!

ESCENA VIII.

DICHOS. AMAGILDA *con un niño en sus brazos.*

Amag. Dejad franca la entrada á mis vasallos!...

Capitan. Vuestra Alteza sin duda no medita
que acaso ese tropel de descontentos
pone en riesgo inminente vuestra vida!

Amag. No temais, capitan, que no le mueve
ni el afan de atentar contra mis dias
ni leal sumision; estraño impulso,
curiosidad tal vez, su paso guia.

Capitan. Obedezco, señora. Vuestra reina
os permite llegar.

Todos. Viva Amagilda!

(*Entran Bermudo, Lope, Ferran y Ramiro.*)

Lope. (*A Ferran y Ramiro.*)

Comparad el esfuerzo de este brazo
con el del niño que feliz se agita
en el regazo real, y... compañeros,
decid qué viene á ser la monarquía?
Un débil niño! Vacilante arbusto
que al resoplar del aire se marchita!

Berm. (*Arrodillándose ante Amagilda.*)

Al traer á la Reina la plegaria
del pñebllo, tan justa cual sumisa,
por la salud de que os privó el infante
que vió no há mucho el resplandor del dia,
con el respeto noble en la mirada
y el alma llena de esperanzas ricas
en nombre de ese pueblo que nos oye,
á hablaros vengo de sus penas intimas!
Tras de pintaros su fatal miseria;
vengo á pedir á vuestra ley justicia
de hinojos, gran señora, á vuestras plantas,
en nombre de las cien y cien familias
que á cada instante despojadas vénse
de sus únicas joyas, de sus hijas!
Vengo á deciros que la sangre corre
por nuestras calles á la furia inicua
de esos torpes soldados musulmanes
que cuando el pueblo la piedad les grita,

como ignoran la lengua de Pelayo
nos inmolan con bárbara cuchilla!
El hierro, el fuego, los tormentos rudos
que descubrió escitada su perfidia,
impiden que hasta el trono llegar pueda
el eco ahogado de las pobres víctimas.

Capitan. (*Tratando de separar á Bermudo de las ba-
laustradas.*)

Cómo te atreves, soñador villano
del rey á censurar las altas miras?

Amag. Silencio, capitan!

Berm. (*A los soldados que se interponen.*)

Paso, verdugos,

á un vasallo que al pueblo simboliza!

Amag. Dejadle continuar, que mucho importa
de sus labios oir nuestra ignominia!

Berm. Escuchad hasta el fin, que de lo cierto
resuena el eco aquí, reina Amagilda,
una ocasion siquiera, ya que siempre
disfrazados por torpe hipocresia,
tan solo pueblan vuestro régio alcázar
la infiel lisonja y la servil mentira!
Permitid que os espresé hasta su término
la mision que hasta vos mi acento guia,
y matadme despues si algo pronuncia
que la oculta verdad no justifica.

Lope. Dejadle hablar, señora, un breve instante
y á todos inmoladnos en seguida,
si es que un punto aparece á vuestros ojos
como una falta del castigo digna,
el afan de verter con noble empeño
por lograr ese honor que el rey nos quita,
todo el aliento que atesora el alma,
toda la sangre que las venas hincha!

Berm. Sí, reina; es nuestra sangre valerosa
que siento aquí latir, si, son sus vidas
las que viene á ofreceros vuestra gente;
es el derecho de clavar altiva
la bandera inmortal de Covadonga,
del sarraceno en las robadas villas,
lo que el pueblo suplica á tu clemencia
y lo que España exige á tu justicia,

Amag. (Al Capitan y los soldados que no se separan de Bermudo.)

Alejaos sin miedo; no la cólera
del pueblo temo yo...

Capitan. Mas su porfia...

Amag. Nunca un mal le inferí. Tu voz oyendo
(A Bermudo.)

al narrar de los tuyos las desdichas
yo tambien como tú, vierto una lágrima
de tributo al saber las agonías
que á mis súbditos causa. Cuál te nombras?

Berm. Bermudo, reina, en la cristiana pila.

Amag. Vasallo eres leal, y á tí y los tuyos
mi labio justo, proteccion os brinda.

Berm. Oh! reina, quién habria de decirnos
que debiera fatal llegar un dia
que contemplára el valeroso suelo
que rechazára la invasion de Atila,
el español que en Covadonga vence,
el español que en Guadalete espira,
la deshonra mas crüel...

Lope. Alguien se acerca...

Un guardia. El rey!...

Amag. Silencio pronto. Nuevas cuitas
de su saña temed. (Ap.) (Dios de los cielos,
para salvarlos mi razon inspira!)

ESCENA IX.

DICHOS. MAUREGATO *negligentemente apoyado sobre el
hombro de un jefe africano. Soldados africanos, caballe-
ros, séquito, etc.*

Maureg. (Ap. contando á los de su pueblo.)

(Cuatro, cinco...) (Alto.) Mi pueblo castellano
siempre noble y leal! Oh! qué motiva
tan súbita irrupcion! Vamos, comprendo!
la salud de la Reina les obliga
á inquirir con afan; mucho me place.

(Durante toda la escena conservará Maureyato un mar-
cadísimo acento de ironía, siempre que se dirija al
pueblo, mezclado á veces de piedad cruel.)

Lope. (Ap.) (El estupor á todos les domina.
Yo tan solo á la vista del tirano
conservo mi tranquila sangre fria...
demasiado vivi, para temerle
á esa muerte que á tantos intimida!)

Berm. (Resueltamente.)
Rey, á pintar á nuestra amada reina
nuestros hondos dolores, nuestras cuitas,
venimos todos hoy...

Maureg. Fieles vasallos!...
(Sonriendo ferozmente.)
Hijos mas bien, pues sois de mi familia.
La reina os escuchó? Yo ratifico
cuanto su acento os prometió benigna.
La reina es muy piadosa, y yo me empeño
en imitar su mansedumbre mística!
No mas lágrimas! (A *Amagilda.*)

Amag. Gracia, Mauregato;
conmuévate el dolor que me esclaviza!
No es culpable ninguno!

Maureg. Y quién os dice
que atentar me atreviera yo á las vidas
de esos cónsules nobles de mi pueblo!
Tienen, segun mi práctica adivina,
súplicas justas que invocar humildes,
sábios consejos que á mi cetro auxilian!

Lope. (Ap.) Perdidos están ya. No hay esperanza.

Maureg. Y bendigo al Señor, que aquí me envía,
consejeros tan buenos y versados
en los asuntos de mis leyes mismas!
Por ellos no temais. Venid conmigo,
señora, y esplicad á mi impericia
lo que anhela mi pueblo. Mientras tanto,
fieles amigos, dignos dé mi estima,
que me ayudais con vuestras sábias máximas
á soportar del trono las fatigas,
esperad un instante; muy en breve,
mi honor de soberano aquí os lo fia,
sabreis mi decision.

Lope. (Ap.) Pobre Bermudo.

Berm. (Aparte á los suyos.)
Amigos, no temais, que Dios nos mira!

Maureg. (Al salir.)

Capitan, mientras firmo unos decretos
(*Sonriendo.*)

haced a mis amigos compañía.

*Amag. Protéjelos, Dios alto! que no siempre
el triste láuro del martirio ciñan!*

(*Vanse Amagilda y Mauragato seguidos de los cortesanos
y jefe africano.*)

ESCENA X.

BERMUDO. LOPE. FERRAN. RAMIRO. SANCHE. PUEBLO. EL
CAPITAN. SOLDADOS. *Salen todos fuera de palacio, menos
el capitan y los guardias.*

Lope. Perdida está nuestra causa!
Vamos, Bermudo; evitemos
su cólera...

Bermudo. Qué me dices?
Lope; no hace un momento
que nos brindó proteccion?

Lope. Inocente! El duelo acerbo
que te consume, á tal punto
de tu juicio roba el peso?
La ambicion de libertar
á tu país de los hierros
que le oprimen, te trastorna
hasta este fatal estremo?

Bermudo. Lope, su voz me juró,
en nombre del cetro régio,
aminorar nuestras cuitas
escuchándonos benévolo.
Su noble resolucion
en saber no tardaremos...

Lope. Bermudo, estás ofuscado;
tras ese engañoso afecto
de fingida mansedumbre,
de interés hácia su pueblo
—afecto tan bien fingido
que seduce al mas esperto,—
tras la tímida gacela
que lanza débil lamento,
del iracundo leon

Ramiro. no oyes los rugidos fieros?
Es cierto, Bermudo; pésame
aumentar con otros duelos
los muchos que ya te abruman;
pero sin pausa acallemos
la mas ligera esperanza...

Bermudo. Hice un sacro juramento,
amigos, bajo la sombra
del lábaro de los nuestros!
Ya que por nuestra desgracia
del destino á los decretos
nos fué imposible vencer,
sepamos morir al menos!
En tal estado nos quedan
únicamente dos medios,
vivir ó morir matando,
morir ó vivir muriendo!
Animo, pues, camaradas,
ó muramos ó matemos.

Lope. Silencio todos, amigos.

Bermudo. Qué osas decirme?

Lope. Silencio.

Ignoras que el capitan ,
que acompañarnos fingiendo
desde allí observa , no es
mas que nuestro carcelero?

Ramiro. (*Observando.*)

Lope , mira...

Lope. Realizarse
veré mis presentimientos.

ESCENA XI.

DICHOS. EL JEFE AFRICANO *con un pliego.*

Jefe. (Leyendo.) «Por la gracia del Señor, Mauregato;
rey de España, despues de haber escuchado por la
mediacion de su amada cónyuge , la Reina , las pe-
ticiones que el pueblo le dirige, viene en no admi-
tirlas, por no ser de su real agrado, ordenando al
mismo tiempo la inmediata dispersion de la muche-
dumbre.—Dado en Palacio , etc.»

(*Vase el Jefe.*)

ESCENA XII.

DICHOS *ménos el JEFE africano.*

Capitan. Libres todos estais ya
por la clemencia del rey,
solo el que falte á su ley
mal con su cabeza está!

Bermudo. Pueblo hispano, has escuchado?
A ese infame disoluto
imponernos un tributo
bochornoso no ha bastado.
Aun no se halla satisfecho,
y con terrible maldad
nos roba la libertad
vilipendiando el derecho!
Nuestros guerreros mejores
al suplicio ha condenado;
ni siquiera ha respetado
nuestros fueros salvadores;
libro de grandeza lleno
cuya santa magestad
respetó hasta la maldad
del bárbaro sarraceno.
Pueblo, con tu mente abarca
si aun conserva algun valor,
cuánto nos cuesta el traidor
capricho vil de un monarca!
Con la prudente paciencia,
hija de la cobardia,
cumplireis á sangre fria
esa bárbara sentencia?
Pueblo, no es tanto el rigor
que nos roba la victoria!
Aun nos sostiene otra gloria;
la de morir con honor!

Pueblo. Si, si...

(Precipitándose todos sobre los soldados y comenzando con ellos una terrible lucha.)

Ramiro. Acabe su poder.

(Tomando parte tambien en la pelea.)

Capitan. Salid al punto, y tú antes. (*A Bermudo.*)
 (*Llénase la escena de soldados africanos, que dominan en breve á los del pueblo, muchos de los cuales huyen.*)

Lope. Somos pocos.

Bermudo. (*Que lucha con el Capitan con terrible desesperacion.*)

Los bastantes

para luchar y vencer.

Ramiro. Oh! suerte siempre contraria!

Lope. Aun la ocasion no ha llegado!

Bermudo. (*Arrojando la espada y situándose en el centro de la escena.*)

Pueblo, devora callado
 esta injusticia arbitraria!

(*Mauregato se asoma á la balaustrada.— Viéndolo.*)

Y tú, de los soberanos
 baldon, en tu ciego anhelo
 ignoras que el Dios del cielo
 es el juez de los tiranos?

El nos libra de tu yugo.

El nos ampara, mirad.

(*Señalando al cielo.*)

Que brille la libertad!

Mauregato. (*Que se prevenga el verdugo!*)

(*Al oido de un magnate y con sonrisa feroz.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el interior del convento de los monges de Tineo, junto á Oviedo.—Empieza á oscurecer.—Puertas al fondo y laterales; balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL PADRE PRIOR, *encendiendo una lámpara que coloca á los pies de una Virgen colocada en último término á la izquierda.*

Prior. En medio de este recinto
que nunca turbó una voz
profana; virgen al eco
de mundanal ambicion,
es do aquilatarse puede
la prepotencia de Dios!
Deleznables esperanzas,
grandezas vanas, honor,
livianas aspiraciones,
rivalidades... qué son?
Nada; que nada es la vida;
cuando mas, una expiacion!

ESCENA II.

EL PADRE PRIOR. RAMIRO, *en traje de guerra y armado.*

Ramiro. (Desde la puerta.)
Y Bermudo?

Prior. Está en su celda

siempre orando.

Ramiro.

Padre Prior,
por Dios que entender no logro
tan súbita decision,
y de fijo la dudára
si no lo afirmáseis vos!
Bermudo, que de los nuestros
fué la esperanza mayor,
para romper las cadenas
que de España mengua son;
Bermudo, tan renombrado
por su indomable valor,
el héroe de nuestro pueblo
y de Astúrias el campeón,
espanto de huestes moras,
de los tiranos terror,
trocar arnés por cilicio
y por breviario el lanzon.

Prior.

Hijo, cuando los pesares
nos hieren con su rigor,
el hombre piensa en el cielo
y busca el consuelo en Dios!

Ramiro.

Desde la ruda jornada
en que un decreto traidor
del monarca, destruía
los fueros al español,
á ese español tan sufrido,
tan digno de un rey mejor,
no le volvimos á ver...

Prior.

Franca las puertas halló
de este monástico asilo,
donde vive en oracion.
Bermudo, como tú sabes,
á Brunequilda perdió;
solo un decreto del rey
lograra su salvacion;
pues aunque vive, del mundo
al acento halagador
muerto quedará su pecho.
Bermudo, de su pasion
viendo el objeto perdido,
contemplándose inferior

- en poder al soberano
que fué elegido de Dios!...
- Ramiro.* (*Sin poderse contener.*)
Erigióse por sí mismo!
- Prior.* (*Continuando.*)
Retirarse decidió
de esta mundana voráGINE
por celeste inspiracion.
Mañana, si Dios lo quiere,
será Diácono.
- Ramiro.* Gran Dios!
- Prior.* Padre, y vos le aconsejásteis?...
Le aconsejó su razon;
tal vez mi ejemplo influyera,
pero no le induje, no;
espontáneas voluntades
quiere el cielo, no presion.
- Ramiro.* (*Conmovido.*)
Qué pérdida para España,
que en su lealtad descansó!
Padre, aunque mucho me cueste,
comprendo, aplaudo su accion,
que para heridas del alma
esta es la cura mejor.
- Prior.* Y Rodrigo?
- Ramiro.* Aun Mauregato
su suerte no decidió.
En la cárcel continúa
sin pan, privado del sol. (*Pausa.*)
Padre, pudiera á Bermudo
dar el postrimer adios,
ya que iracundo el destino
por siempre nos separó?
- Prior.* Sí, hijo mio. A complacer
voy tu justa peticion.
(*Vase.*)

ESCENA III.

RAMIRO, solo.

Le ocultaré nuestros planes

hasta momento mejor,
 cuando sepa si es sincera
 su extraña resolucion.
 No por eso dejaré,
 si por dicha el Padre Prior
 con él me dejára á solas,
 de hablar á su corazon.
 Tal vez al saber Bermudo
 lo que debe ocurrir hoy,
 se resuelva á secundarnos
 y asga la espada veloz.
 Que á los ecos de la patria
 sacrifique, ¡vive Dios!
 la estéril vida reclusa
 que al cielo ofrecer pensó.
 Se acerca ya y viene solo.
 Es propicia la ocasion.
 (*Sale Bermudo por la derecha.*)

ESCENA IV.

RAMIRO. BERMUDO.

Bermudo. Ramiro, tú aquí! Qué quieres?
 qué anhelas, dime?...

Ramiro. Bermudo,
 abrázame; que este abrazo,
 que ha de ser quizás el último,
 nos junte por un momento.

Bermudo. No así, Ramiro, lo juzgo...

Ramiro. Cómo librarte pudiste
 del desenfreno iracundo
 del tirano? Dí?

Bermudo. A favor
 de los celajes nocturnos,
 con la proteccion del cielo
 y entre breñales incultos,
 aquí encaminé mis pasos,
 y tras su sagrado escudo,
 con la salvacion del cuerpo
 del alma encontré el refugio.

Ramiro. Tu imprevista decision

me dijo el Prior há un punto.
Sumiso el móvil acepto
que á realizarla te indujo,
aunque el pecho se me parte
cuando pienso en lo futuro.
El pueblo peligra, y tú
has de estar entre los tuyos.

Bermudo. Ramiro, tú no lo ignoras,
mis sufrimientos son muchos
para un solo corazon!
Ya que no puedo al sepulcro
bajar, descansando al fin
de este mi calvario rudo,
en este apartado asilo,
ageno á la hiel del mundo,
tranquilo espero esa muerte,
que es de mis penas verdugo.
Nadie nos vé?

Ramiro. (*Despues de observar.*)

Nadie.

Bermudo. (*Muy conmovido.*)

Entónces

fiel amigo, este profundo
pesar que me despedaza,
condensado en llanto puro,
sobre tu seno querido
déjame que vierta un punto;
que estas lágrimas que brotan
de mis pobres ojos, mústios
ya de llorar, sean mi adios
á las zozobras del mundo.
Creí que un amor bendito
que iluminaba el óscuro
sendero de mi existencia,
de mis dichas era el nuncio.
Y poco á poco la suerte,
sin apreciar mi infortunio,
se encargó de descorrer
la venda que llevé iluso!
Para siempre á Brunequilda
perdi por decreto sumo
de Dios; no tengo esperanzas,

con la ilusion no atenúo
 la afliccion que me devora ,
 por la pena que vislumbro!
 Esa tenaz ambicion
 de arrancar un dia el yugo
 de nuestros pobres hermanos,
 noble empeño que antepuso
 mi pecho á su dicha propia,
 ya perdida conceptúo;
 en dónde, si no la dicha,
 la calma hallar que yo busco?
 Aqui mis aspiraciones
 de hoy mas cifraré y mis gustos,
 porque, Ramiro, en el cielo
 están mis consuelos únicos!
Ramiro. Bermudo, será posible?
 No lo creo, aunque lo escucho!

(Indignado.)

Trasformado encuentro en diácono,
 ¡voto á bríos! de su infortunio
 al peso, el que en Covadonga
 fué admiracion de los suyos!
 Al que en Astorga lidió,
 al que con Pelayo obtuvo
 con el laurel de la gloria
 los mirtos del noble triunfo!
 Vuelve á lidiar por la patria,
 que con ayes moribundos
 llama á sus valientes hijos
 desde su sangriento túmulo!
 Cuando abundan los reveses,
 cuando es difícil el triunfo,
 mas precio tiene la gloria,
 mas brilla su lauro fúlgido!
Bermudo. Oh! Ramiro; por piedad;
 no hagas que así irresoluto
 vacile en la decision
 que tomé...

Ramiro. Calla, Bermudo!

Bermudo. La grata tranquilidad
 que en el convento disfruto,
 no tus bélicos arranques

truequen por odios!...

Ramiro. Qué escucho!

Entónces tu patriotismo
que ha sido falso presumo;
aquel pátrio ardor que un día
inflamar los pechos supo...

Bermudo. Apartado estoy, Ramiro,
de los vaivenes del mundo!

Ramiro. Però sé franco; confiesa
que yo tu voz no descubro;
al oír de una batalla
el fuerte estruendo confuso;
de la espada al escuchar
los dobles choques sañudos;
al ruido de los clarines
que turba á veces de súbito
el relincho del corcel,
ávido de un noble impulso,
no se avergüenza tu pecho
de esta inercia, de este oscuro
vegetar, que en otro fuera
cobardia; cómo un punto
puede levantar la frente,
sumido en este sepulcro,
aquel que nos incitó
con los ardimientos suyos?

Bermudo. Ramiro, calla, por Dios,
no así profanes, impuro,
con tu anhelo este sagrado
convento...

Ramiro. Calla, Bermudo!

Cuando nos habla la patria,
se infiere al cielo un insulto
citándole cual pretexto
que detiene el brazo rudo!

Bermudo. Ramiro, si otro que tú
dijera tal!...

Ramiro. Por Dios sumo,
que así te quiero; valiente
como en otro tiempo!...

Bermudo. Cumpló
con Dios al darle mi vida.

Ramiro. Dásela, no en infecundo
convento, sino en la lid!...
Bermudo. Ramiro, en vano fluctúo...
Ramiro. Olvidaste que tu patria
te está llamando, Bermudo?
A Oviedo voy; me han llamado,
por eso hablarte procuro;
dentro de contadas horas,
si el cielo así lo dispuso,
podré tornar á saber
tu decision...

Bermudo. Cuánto lucho!

Ramiro. En lugar de este vivir,
largo, sí, mas no fecundo;
del que podrán acusarte
los hombres, cual yo te acuso;
en vez de tumba tranquila,
en lugar de triste túmulo,
prefiere, mártir glorioso,
del militar el sepulcro!
(*Vase Ramiro por el fondo.*)

ESCENA V.

BERMUDO, *solo.*

Bermudo. Dice bien; qué decidir?
El convento protector
me dá la calma; el honor
me dice «vé á combatir!»
Volver al mundo rechazo,
que hácia Dios la fé me llama,
y allí la patria reclama
los esfuerzos de mi brazo!
Y mientras que en mi alma latén
sentimientos diferentes,
los asturianos valientes
como los tigres se baten!
Yo, que de mi empeño en pos
á pelear los excitaba;
yo, que esperanzas les daba

con mi ejemplo... ¡Vive Dios!...
 En balde mi arrojo coarta,
 quizá engañado mi anhelo!...
 Yo creo que el mismo cielo
 me está ordenando que parta!
 Cómo! Ante el ruin egoismo
 de aliviar mi padecer,
 podré indiferente ver
 á mi patria en un abismo?
 Y he de verla, por mi nombre,
 sin acorrerla veloz?
 De la patria ante la voz
 se calla la voz del hombre!
 Calme ya mi corazon
 sus temores indecibles...
 ¿son acaso incompatibles
 patriotismo y religion?
 No recuerdas el día rudo
 en que la bandera alzaste?
 Ya las frases olvidaste
 de tus promesas, Bermudo?
 «Pueblo, juro al combatir
 muerto ó vencedor volver!...»
 Si no he sabido vencer,
 habré sabido morir!

ESCENA VI.

BERMUDO. EL PADRE PRIOR.

Prior. Ya por tu presencia clama
 el pontífice de Oviedo...

Bermudo. (*Tras una corta lucha consigo mismo.*)

No puedo, padre, no puedo!
 la patria á lidiar me llama!

Prior. Domina el rebelde instinto;
 qué vas á hacer iracundo?

Olvida la voz del mundo
 por la paz de este recinto,
 y en Dios fíjese tu anhelo...

Bermudo. Seguiros no puedo en pos...

- Prior.* Por qué? (*Asombrado.*)
Bermudo. Porque el mismo Dios
 me manda salvar mi suelo!
Prior. Hijo, cese tu porfía...
Bermudo. (*Interrumpiéndole.*)
 No, padre, no es asturiano
 quien de la patria oye en vano
 los ayes de la agonía!
 (*Oyese ruido fuera de gritos y clarines.*)
Prior. Qué estruendo escucho!...
 (*Asomándose á la ventana.*)
Bermudo. (*Observando tambien.*)
 Es verdad.
 Ramiro y Ferrando son!...
 Abrid al punto el porton.
 Id, padre.
Prior. Voy! Qué ansiedad!
 (*Vase por el fondo.*)
Bermudo. Que os avergüence ese miedo...

ESCENA VH.

BERMUDO, solo.

Con justa razon me admiro;
 en Tineo está Ramiro
 que ya juzgaba en Oviedo!

ESCENA VIII.

BERMUDO. RAMIRO.

- Ramiro.* (*Entrando.*) Preciosas las horas son...
Bermudo. Qué duelo nos hiere rudo?
Ramiro. Tu pátria espera, Bermudo,
 cuál es tu resolucion?
Bermudo. La espada. Me he decidido.
Ramiro. De júbilo al fin desbordo!
Bermudo. El que á su pátria está sordo
 ni es bravo, ni es bien nacido!

- Sóbranme arrojo y valor;
de Dios me ampara la fè...
si no venzo, moriré
sobre el campo del honor!
- Ramiro.* Una vez que quieres ser
parte en la liza fecunda,
tu esperanza moribunda
mi labio hará renacer.
Quiero que sepas la hazaña
de esos hermanos que injurias;
ya no es monarca de Astúrias
Mauregato, ni de España!
- Bermudo.* Esplica al punto...
- Ramiro.* El tirano,
de su poder al abrigo,
quiso matar à Rodrigo...
- Bermudo.* Cielos!
- Ramiro.* Tu temor es vano.
Libre se encuentra...
- Bermudo.* Oh! bondad
suprema!...
- Ramiro.* Mis compañeros
desataentados, fieros,
por tan horrible crueldad,
rasgando la torpe ley
que al pechero condenaba,
de furia ardiendo en la lava
fueron donde estaba el rey.
Lanzas, espadas, puñales
por todas partes surgieron;
por doquiera aparecieron
turbas de gentes leales.
En vano escasa milicia
el hecho quiso impedir.
Quién osára resistir
à la voz de la justicia?
Allanado el real salon
triunfó del pueblo la grey;
ya Mauregato no es rey
de Asturias ni de Leon.
- Bermudo.* De Dios la bondad bendigo!
- Ramiro.* Al montar el alazan

me dió la nueva Ferran
que fué del hecho testigo.

Bermudo. Y el rey?

Ramiro. Nada de él sabemos;
del pueblo huyendo á la saña
en el bosque ó la montaña
que está oculto suponemos.
Pero pronto, por Luzbel,
como le echemos los brazos,
le hemos de hacer mas pedazos
que víctimas hizo él.

Bermudo. Pensad que está desvalido...
Compasion...

Ramiro. (*Sorprendido.*) Estraña ley!

Bermudo. Le castigásteis por rey.
Respetadle por vencido!

Ramiro. El tiempo corre, dos potros,
á la salida dejé...

Bermudo. Del pueblo á alentar la fé
voy á Oviedo con vosotros.

Ramiro. Yo en tanto que cual cristiano,
te despides del convento,
un instante en seguimiento
voy del déspota tirano! (*Vanse.*)

ESCENA IX.

*MAUREGATO solo, entrando cautelosamente unos instantes
despues de salir Bermudo y Ramiro.*

Oh! Verguenza indecible! Y aun no he muerto
al peso del dolor que en mi alma late?
Perdido el sólio de los godos reyes
que mi astucia sutil supo labrarse!
Perdida para siempre mi real púrpura,
mi cetro régio, mi diadema fragil!
Mundana vanidad, ambicion torpe,
por qué á mis ojos la verdad nublásteis?
Por qué el orgullo dominó en mi pecho?
En vano me arrepiento! Ya es muy tarde!
Oh! esperanza feliz, hoy tan remota

por qué risueña un punto no renaces?
 Si de nuevo pisára de ese trono
 con astucia sutil, las gradas reales,
 pueblo vil, pueblo torpe, á quien desprecio,
 qué escarmiento llevarás miserable!
 He de hacer, vive Dios, tales acciones
 con mi saña febril, tales crueldades,
 que los futuros siglos con espanto
 de mi reinado la memoria guarden!

(*Pausa.*)

Castigo fué del cielo; mi desgracia
 será acaso venganza inquebrantable
 de ese Dios que negué con torpe lengua?
 He sido un débil rey, he sido infame!
 En vez de proteger á mis vasallos,
 en lugar de encumbrar sus libertades,
 al sarraceno vil di mis provincias
 y al verdugo los héroes populares!
 Oh! qué grito fatal! Honda tortura
 el corazon con su impiedad me parte;
 jamás sentir creí dentro del alma
 este infiel torcedor que me hace mártir!
 Mauregato el crüel, el rey temido,
 convertido en proscripto pusilánime!
 corriendo por los campos sin amparo,
 apostrofado acaso de cobarde!

(*Observando.*)

Bermudo, no es aquel? Sí, sí, es Bermudo!
 Y se acerca hácia mí! Vendrá á matarme!
 Cuando rey, yo maté sus ilusiones.
 le perseguí sin treguas, incansable...
 Estoy en su poder... Aparta un punto,
 que en dudas y temor voy anegándome.

ESCENA X.

MAUREGATO. BERMUDO.

Berm. Mauregato, opresor de las Asturias,
 cumplidas de mis lábios vé las frases;
 el cielo que premiar sabe al rey justo,
 castigar al tirano también sabe!

Maureg. Oh! Terrible espiacion! Mi propia víctima
la muerte me vá á dar... Bermudo, mátame!
Mira mi pecho aquí; rasguénlo al punto
los filos de tus múltiples puñales!
Pero ahórrame ya, si es que en tu alma
por un momento la nobleza cabe,
el vil denuesto, la ominiosa injuria
endulzando mis últimos instantes!

Berm. Desvaría el temor. Calle esa lengua,
que escarnio habrá de ser de las edades,
y al comprender mi corazon hidalgo,
junto al tuyo ni un punto lo compares!
Te equivocas, traidor; no de tu muerte
el ansia crüel hasta do estás mé trae.

Maureg. Qué otro móvil me anuncia tu presencia?

Berm. Me conoces muy mal! Vengo á salvarte!
El que es valiente de la lid en medio,
al vencido piedad conceder sabe!
Mira, rey, los decretos del destino
y aplaude de ese Dios las voluntades;
mira al fin las mundanas ilusiones
cuán engañosas son y cuán mudables!
Tú en tu trono de espléndida gradeza
con injusto furor me condenaste;
yo que ahora te tengo entre mis manos,
yo que pudiera con razon matarte,
al vengar con las quejas de mi pueblo
mis infinitas quejas personales,
despreciando el encono que encendiste,
sin pensar que eres vil, vengo á salvarte!

Maureg. Oh! cielos, que escuché!...

Berm. Cese tu asombro!...

Maureg. Mil muertes, por piedad, mil muertes dame,
antes de ser tú causa de que viva;
tú, víctima tenaz de mis crueldades!

Berm. Ese orgullo refrena, Mauregato;
no dominen tu afan anhelos tales;
acalla esa altivez que te ha perdido,
verdugo de tí mismo indominable
que labrará tambien tu propia muerte
si por tu mal no logras alejarle!
Delante de la tumba desaparezcan

Mauregato, tan necias vanidades!

Pueblo. (*Gritos fuera.*)

Muera el rey, muera el rey...

Berm.

Oyes sus voces?

Aprovecha sin tregua estos instantes!

Ya saben dónde estás... Huye, se acercan!

(*Mirando por el balcon.*)

Yo te daré salida. Vete. Sálvate.

(*Abriendo la puerta de la derecha.*)

Maureg. (*Vacilando un instante.*)

No, déjame morir, ya que no supe
de mi pueblo granjear las voluntades,
ya que no supe de mi real cabeza
la corona salvar...

Berm. (*Mucha rapidez hasta el final de la escena.*)

Huye, no tardes!...

Maureg. Ya que no supe defender mi trono,
deja que al ménos mi sepulcro labre!

Berm. Cercaron las salidas; no es posible
que de sus furias puedas escaparte!
Escóndete por Dios, tras esa puerta,
en tanto su intencion mi acento aplace.

Pueblo. (*Fuera mas cerca.*)

Muera el rey!

Berm. Sin tardar... pero no escuchas?

Maureg. Cómo perece un rey quiero mostrarles!

Berm. Ese orgullo fatal es quien te pierde!
Esteril ambicion que te hace mártir!

Maureg. Quebrantar no podrás mi pensamiento.

Berm. Inútil sacrificio! Ya olvidaste
que al cielo que te dió, rey, esa vida
cuenta estrecha de ella habrás de darle?

Maureg. Tú mi enemigo, tú, que por mi causa
uno á uno perdiste tus afanes,
me incitas á vivir, me buscas medio
para escapar... y dejas de vengarte?

Berm. Huye, rey, sin tardar.

Maureg. Estéril ansia!...

Berm. Ignoras que sediento de tu sangre
ese pueblo estará?

Maureg. Si sangre buscan
para apagar su sed, aquí hay bastante!

Tú me puedes matar, y no me matas?

Berm. Ya llegan en tropel. Vienen buscándote!...

Maureg. Dudé de la virtud, dude del cielo,
y arrepentirme logro cuando es tarde!

(Escóndese Mauregato, casi obligado por Bermudo, tras la puerta de la derecha, que este último cierra, colocándose delante de ella.)

ESCENA XI.

RAMIRO. BERMUDO. LOPE. FERRAN. SANCHE. *Pueblo con teas encendidas.*

Ramiro. Bermudo, de su escarmiento
escaparse quiere en vano;
aquí se esconde el tirano;
registremos el convento!

(Divídense en distintas direcciones muchos de los del pueblo.)

Bermudo. *(Deteniéndole.)*
Piedad! Tenedle piedad!

Ramiro. Te atreves! Voto á Luzbel!...

Bermudo. *(Al pueblo.)*
Pueblo, sé mas grande que él!
No le iguales en crueldad!
Bastante pena ha sufrido
con perder á su nacion...
Pueblo noble, compasion
para un monarca vencido!

Ramiro. Y te atreves á pedir
compasion para ese ser,
que no ha sabido tener
ni aun el valor de morir?
Calla; no encuentre guarida;
ninguna razon le abona!
Dejó perder su corona
(Con desprecio.)
y aun osa guardar la vida!

ESCENA XII.

DICHOS. MAUREGATO *abriendo la puerta y presentándose.*

Mauregato. Dices bien ; debo quitármela
mi cetro al ver en pedazos;
mas bastan mis propios brazos,
infames, para arrancármela!

Bermudo. *(Ap.)* (Infeliz! Vanos alardes
te impelen á tal extremo!)

Mauregato. *(Con soberana altivez.)*
Pueblo torpe, no te temo!
Os desprecio por cobardes.
No temo los rudos fallos
de tan despótica grey...
Mirad cómo muere un rey
delante de sus vasallos!
Que la historia de mi suerte
diga, si mi accion no olvida:
«Sinó fué grande en su vida,
supo ser grande en su muerte.»

(Saca con rapidez un puñal y se hiere. Pausa.)

Bermudo. *(Corriendo hácia él.)*
Infeliz! Muerte se dió!
(Con voz terrible.)

Ramiro. De rodillas, Asturianos!
Fué el mayor de los tiranos!

Bermudo. No es tirano el que murió!
Ese cadáver inerte
aplaque, pueblo , tu encono!
Qué vale del mundo el trono
ante el trono de la muerte!

Ramiro. Cumplir sabremos tu ley
olvidando sus injurias.
(Al pueblo.)

Pueblo español, las Asturias
deben elegir un rey!
Para ir al combate rudo ,
por nuestra patria á lidiar,
quién nos podrá acaudillar?
A quién nombráis?

- Todos.* A Bermudo!
- Bermudo.* Hermanos, á mi!
(*Muy sorprendido.*)
- Lope.* Sí tal.
Todos por rey te aclamamos
y en tu frente colocamos
la egregia corona real.
(*Dos pajecillos se la presentan de rodillas á Bermudo en una rica bandeja.*)
- Bermudo.* No acepto tal galardón.
Soy monje. El cláustro es mi afán.
- Ramiro.* Reñidos acaso están
el cetro y la religion?
- Bermudo.* Oh! la emocion que me embarga
del labio el ánsia intercepta...
- Ramiro.* En nombre del pueblo acepta
Bermudo, esta ruda carga.
(*Bermudo toma la corona.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. RODRIGO. BRUNEQUILDA.

- Bruneq.* Bermudo!
- Ferran.* Es ya nuestro rey;
sobre este pavés le alzamos
y por nuestro honor juramos
acatar siempre su ley!
Nuestro porvenir sañudo
benigna suerte deshace!...
allí Mauregato yace;
aquí se eleva Bermudo!
- Bermudo.* Brunequilla!
(*Bajando del pavés.*)
- Bruneq.* El Padre Prior
anulando el juramento,
por tu fausto advenimiento
me dà de nuevo tu amor!
- Bermudo.* Ah! sí, fine la desdicha
que hizo mártir nuestro anhelo;
conmigo sufriste el duelo,
parte conmigo la dicha.

Pueblo, me nombras tu rey?
 justo es que mi orgullo vibre.
 Pueblo, para hacerte libre
 seré esclavo de la ley.
 El moro en sarcasmo mudo
 ultraja nuestro decoro ,
 hasta acabar con el moro
 luchemos!

Todos.

Viva Bermudo!

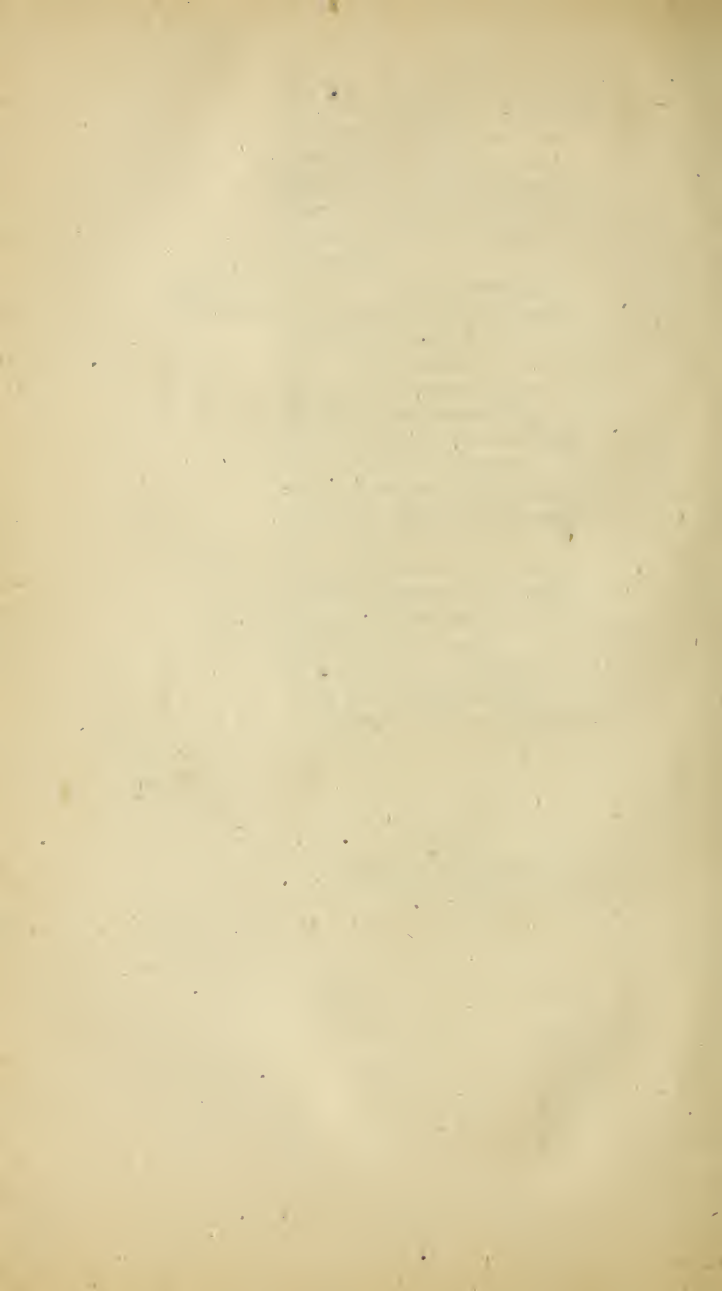
Bermudo.

No olvidaré vuestros fueros ,
 la libertad os daré,
 el tributo anularé ,
 premiaré á vuestros guerreros.
 Y será el premio mayor
 que alcance en la vida mia,
 si con vuestra simpatía
 sé conquistar vuestro amor.
 Contra el infiel lucharemos
 hasta morir ó vencer,
 é invocando el gran poder
 de Dios, siempre llevaremos,
 inspirados por su luz,
 á la lid encarnizada ,
 en una mano la espada ,
 en la otra mano la cruz!

(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.





PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Gerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.